

Martin Cohen

101 dilemas éticos



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *101 Ethical Dilemmas. Second Edition.*
Traducción autorizada de la edición inglesa publicada
por Routledge, un sello de Taylor & Francis Group
Traducción de Borja García Bercero

Primera edición: 2005
Segunda edición: 2012
Cuarta reimpresión: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía: Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2003, 2007 Martin Cohen. All rights reserved
© de la traducción: Borja García Bercero
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-0941-6
Depósito legal: M. 26.729-2012
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 17 Prefacio a la segunda edición en español
- 21 ¡Adelante!
- 32 Cómo utilizar este libro
- 35 Nota sobre las ilustraciones filosóficas

- 37 Cuatro dilemas muy peliagudos para abrir el apetito
 - 38 1. El bote salvavidas
 - 39 2. Más hundidos todavía
 - 40 3. La fábula de los psicólogos
 - 42 4. La costumbre reina

- 44 Y ahora tres dilemas personales que quizás podrían resolverse con la ayuda de un buen curso de ética empresarial... Bueno, sólo quizás
 - 45 5. El chollo de Internet
 - 46 6. El tostador
 - 47 7. El mentiroso

- 48 Tres espinosos casos del dilema de la vagoneta (que deben resolverse todos juntos)
 - 49 8. Una situación desesperada en la clínica de donación
 - 50 9. El famoso dilema de la pasarela
 - 52 10. La bala humana

- 53 Se inicia el descenso
- 54 11. La primera fase de la crueldad
- 58 12. Segunda fase: la libertad de hacer lo que uno
quiera
- 60 13. Penúltima fase: las dos pruebas
- 63 14. Fase última: el miembro inmortal
- 65 Algunos dilemas la mar de antiguos
- 66 15. El anillo de Giges
- 68 16. La triste historia de San Agustín
- 71 17. Una fábula equilibrada para el Emperador
Amarillo
- 73 18. La ascética fábula de Crisipo el estoico
- 74 19. La sensata fábula de Epicuro
- 75 20. El hombre magnánimo
- 77 21. El hombre magnánimo en el Paraíso
- 80 Dilemas antisociales
- 81 22. Contra e-Ville
- 85 23. Pateando
- 87 24. ¿Se rajan?
- 89 25. Sube la temperatura
- 91 26. Desechos
- 93 Una dosis de ética médica
- 94 27. Experimentos de crianza
- 96 28. Bebés de diseño
- 98 29. Bebépresto
- 101 30. El competidor de gama baja
- 104 31. TGN1412
- 105 32. Las reglas de los Nadie: un drama en tres actos

- 111 33. Síndrome aplástico severo
- 113 34. El dilema del hospital
- 116 El dilema del censor
- 117 35. Ayecciones
- 120 36. La conexión delictiva
- 123 37. Cuestión de criterios
- 125 38. Imágenes vejatorias
- 128 39. El grupo pop infame
- 129 El semanario de los negocios: dilemas de ética empresarial (con el acento puesto en la empresa)
- 130 40. Los memorandos breves de la mujer pirata
- 132 41. La radio estridente
- 134 42. La enfermedad contagiosa
- 135 43. La testigo
- 136 Y otro dilema más de ética empresarial (con el acento puesto en la ética)
- 137 44. Los químicos diabólicos
- 141 Cinco fábulas morales sobre la búsqueda de la justicia divina
- 142 45. El árbol improductivo
- 144 46. La que le cayó a Job
- 145 47. El cordero penitencial
- 147 48. El buen samaritano de nuestro tiempo
- 149 49. Lázaro el mendigo
- 151 Unas cuantas monerías
- 152 50. Monerías

- 157 51. Más monerías
- 159 52. La vida no es justa
- 161 53. El egotismo ético infantil
- 163 En busca de la buena vida
- 164 54. El dilema del hombre rico
- 166 55. La trampa de la belleza
- 171 56. La buena vida
- 173 Otros tres dilemas de la vagoneta (que en realidad
traen a todo el mundo al fresco)
- 174 57. Vuelo 999 a Shangri-La
- 177 58. Aperitivos peligrosos
- 178 59. El terrorista
- 180 El papel de observador
- 181 60. El Panóptico
- 183 61. El Panóptico: segundo sector
- 185 62. El Panóptico: tercer sector
- 187 63. El Panóptico: el último sector
- 189 Y también los animales: el dilema del vegetariano
- 190 64. La desagradable dieta de Plutarco
- 192 65. La bestia
- 193 66. La respuesta de Plutarco
- 195 67. La opinión de San Pablo
- 196 68. La advertencia de Crisóstomo
- 198 Algunos cuentos de hadas más que dudosos
- 199 69. *El rey sapo*
- 204 70. *El enebro*: un cuento de hadas demoníaco

- 211 71. Una fábula con moraleja
- 215 72. Los ilegales: un cuento de hadas contemporáneo
- 219 Relatos de Relatavia
- 220 73. Los calvorotas de Pelolandia
- 224 74. Los calvorotas de Pelolandia (II)
- 227 75. Sólo de postre
- 229 76. Problemas (relatavianos) relativos a los parientes: una cuestión de honor
- 232 Ética bélica
- 233 77. El buen combate
- 237 78. Sólo las guerras justas
- 239 79. La falsa creencia injustificada
- 241 80. Medidas disuasorias
- 245 81. La Escuela del Terror
- 249 82. El predicador del odio
- 257 Ética medioambiental
- 258 83. La llamada del dodo
- 259 84. Acabemos con el lobo
- 262 85. La revolución verde
- 264 86. El dolor es bueno
- 265 El dinero es la cuestión
- 266 87. La codicia es buena
- 269 88. Muerte e impuestos
- 271 Dilemas jurídicos
- 272 89. Justicia expeditiva

274	90. El hijo de Sam
276	91. Los Twinkies: unos actos muy poco normales
281	92. Los Twinkies: aparece el malo de la historia
286	93. La Plaza Mayor de Diktatia
288	Ética en la isla
289	94. La isla Santuario
293	95. La isla Santuario (II): los mirlos
294	96. La isla Santuario (III): los rostritorcidos
296	Algunos dilemas éticos bastante inverosímiles, que sólo se dan en el cine, pero que de todos modos quizás puedan decirnos algo sobre la toma de decisiones éticas.
297	97. Las películas de serie B
299	98. La película principal: los dilemas de <i>La naranja mecánica</i>
301	Casi en los fines, pero sin apenas medios
302	99. La aldea de los 100 habitantes
305	100. El dilema de Voltaire
307	101. La respuesta pragmática
309	Comentarios
607	Glosario
630	Notas y extractos
645	Guía de lecturas
657	Índice analítico

Para Tessa también

*No se trata de que no sepan ver las soluciones.
Lo que pasa es que no saben ver los problemas.*

G. K. Chesterton, *El escándalo del Padre Brown*

Prefacio a la segunda edición en español

Lo gracioso de la ética (bueno, tal vez no sea tan gracioso) es que la gente se interesa mucho más por ella cuando las cosas van mal que cuando van bien. Ésa es la razón, desde luego, por la que los niños exclaman «no es justo», no cuando se les da el trozo de pastel más grande, sino cuando el balón da en el larguero en el fútbol, o la bola se estrella contra la red en el tenis, o incluso cuando no son capaces de hacer sus deberes. Y por esa razón, de pronto, aquí y ahora, en medio del pesimismo de la recesión europea y con la economía desmoronándose por todas partes, el debate político vuelve a plantearse en términos de lo que «está bien y lo que está mal». ¡Demasiado tarde, por supuesto! Ojalá nuestros líderes y los responsables de la toma de decisiones hubieran leído este libro a tiempo.

En España ha surgido un renovado interés por las cuestiones éticas relativas a la ejecución de algunos proyectos grandiosos, ya se trate de aeropuertos o de centros culturales, que en realidad no eran necesarios en el momento en que se concibieron y menos aún en la actualidad. ¿Es «correcto» gastarse el dinero (sobre todo el de los demás) en lo que no son más que lujos o incluso auténticas frivolidades? Está claro que no siempre; tanto lujo como frivolidad son términos con connotaciones éticas. Piénsese también en la grandiosa aurora de las energías renovables. Se dice

que en España las subvenciones públicas para fomentar el desarrollo de la energía solar, por ejemplo, fueron tan grandes que a los agricultores que la aplicaron les salía rentable levantar potentes reflectores con los que iluminar de noche sus recién estrenadas instalaciones de paneles solares. Resulta que el coste de la electricidad para hacer funcionar los reflectores solo era un porcentaje mínimo del dinero que se abonaba por la electricidad «producida» por los paneles. Ignoro si se trata de una historia verdadera o de una simple leyenda urbana, pero viene a ser una especie de parábola de los tiempos que corren y... bueno, «pudiera ser cierta».

En este libro, eso espero, también podrán encontrarse grandes historias, algunas de ellas verdaderas, otras que «podrían ser verdaderas» y unas cuantas más que se suponía que no eran más que ficciones escandalosas cuando las inventé por primera vez, pero que, para mi consternación, se han convertido en hechos reales y noticiosos. Las disputas éticas del Ministerio de Sanidad de Diktatia sobre los alimentos «grasos», por ejemplo, hace tiempo que se han visto superadas por la política y las orientaciones reales del gobierno británico, mientras que la visión histórica de la ética del torturador ha quedado sobrepasada por las revelaciones sobre los horrores practicados de forma rutinaria en la bahía de Guantánamo, Bagram, Egipto, Libia y muchos otros lugares.

Así que hoy, creo, son muchas más las personas que hablan de ética y la «aplican» a su vida cotidiana. Los políticos dan la espalda a la ostentación y de nuevo intentan parecer gente seria y reflexiva. Los ciudadanos reciben sermones sobre las viejas virtudes que les son propias:

trabajar duro –y durante mucho tiempo– y ayudar a los demás. Si la Iglesia cristiana en Europa en general, y no sólo en España, no ha conocido un resurgimiento especial, y su tipo de orientación ética parece haber perdido su atractivo (por razones que los extraños dilemas religiosos de este libro tal vez expliquen), «el extremismo religioso», por el contrario, ha experimentado un verdadero florecimiento, y no solo en las aldeas de Afganistán, Indonesia o el norte de Sudán; también en muchas ciudades sofisticadas –incluidas las grandes capitales europeas, por no hablar de las de Estados Unidos– se está produciendo un regreso a valores primitivos, ¿o deberíamos llamarlos, siendo muy generosos, «fundamentalistas»? Una vez más, unos gurús religiosos que citan textos sagrados ofrecen severas advertencias y preceptos absolutos en lugar de una reflexión o una comprensión filosóficas, al tiempo que alzan constantemente la voz contra los «valores desviados» y los laxos niveles de moralidad.

No creo que el resurgimiento, tipo regreso al futuro, de esta modalidad ética resulte demasiado atractivo. Para ser más exactos, la mayor parte de los valores, tanto del islam como del cristianismo fundamentalista (que tienen una raíz común en los textos del Antiguo Testamento) son contrarios a los modernos valores seculares que supuestamente constituyen la piedra angular de la sociedad europea, como, por ejemplo, la igualdad de los sexos y el respeto a la libertad del individuo. Sin embargo, estos valores revisionistas «prefabricados» son capaces de dar dos vueltas al estadio mientras los modernos valores seculares aún siguen pensándose qué par de zapatillas de correr se van a poner.

Aun así, aquellos de nosotros que pensamos –o, me atrevería a decir, creemos– que la filosofía debe orientar las políticas públicas y conformar los valores vigentes, no deberíamos rendirnos. Siempre y cuando, eso sí, haya personas dispuestas a aceptar que existen cuestiones y debates éticos que afectan prácticamente a todas nuestras acciones y decisiones diarias, y, en segundo lugar, que las respuestas no siempre han de resultar obvias y menos aún sencillas.

Martin Cohen
Aquitania, Francia
Marzo 2012

¡Adelante!

La ética se ocupa de aquellas decisiones que más nos importan, y no hay decisión importante que no plantee un dilema. En su origen griego, la palabra «dilema» significa «dos cuernos». Los cuernos del dilema: dos opciones nada más (es o no es, ser o no ser, verdadero o falso) o, más bien, sólo una, la que nos permita encontrar un camino entre los cuernos del dilema. Un significado este bastante más próximo al sentido original del término.

Sin duda, 101 parecen muchos dilemas éticos. Más que suficientes, cabría pensar, para abordar todas las cuestiones principales. Y, desde luego, son muchas las cuestiones que aquí se abordan. Pero la ética es un pozo muy profundo, y, una vez que se ha empezado a bajar el cubo, parece que nunca llega esa sacudida que nos indica de forma inequívoca que por fin se ha alcanzado el fondo. Lo que descubrimos, más bien, es que estamos sondeando las profundidades de la psique humana, y, en efecto, la vista no es muy agradable que digamos. De hecho, si cada uno de estos dilemas fuera un cubo lleno de agua y vertiéramos estos 101 dilemas en el Sahara, el impacto medioambiental que tendrían sobre ese entorno amenazado sería similar al que cabe esperar de un libro como éste en su intento por abordar la miríada de desafíos éticos que nos plantea nuestro mundo.

Qué decir, por ejemplo, de la eterna pregunta sobre el carácter fundamental de la naturaleza humana: ¿qué somos, intrínsecamente buenos o intrínsecamente perversos? «No sabe, no contesta». ¿Cuándo comienza la vida, y cuándo acaba? Bueno, «quizás... en fin, depende». ¿Existen los absolutos éticos? Eso nos gustaría creer. Pero, vamos a ver, ¿consigue al menos el cubo sacar a la luz las cuestiones fundamentales? La verdad es que no. De hecho, puede que ni siquiera las preguntas que aquí se plantean sean las más adecuadas. Pues, a fin de cuentas, a pesar de que un trabajo como éste tiene cierto carácter «épico», hay franjas enteras de la vida ética que no se tocan en absoluto.

Visto así el asunto, habría buenas razones para sentirse un tanto abatido. Pero las cosas no van por ahí, ni es ésa la forma en que han de verse, pues la ética, y menos aún un libro como éste, no aspira a proporcionarnos una especie de reglamento, ni tan siquiera un sermón edificante. A lo que aspira, más bien, es a mejorar nuestro sentido de la orientación, para ayudarnos a encontrar lo que los antiguos chinos llamaban el «Tao», pero que aquí denominaremos simplemente «el camino». No es mera coincidencia que Platón, en la más pormenorizada descripción que hiciera nunca sobre la naturaleza de la «justicia», comparara a la persona que ha hallado la respuesta con un viajero que conoce la senda que conduce a su destino, en contraposición al resto de nosotros, que, como forasteros en una tierra desconocida, hemos de fiar nuestra orientación en algún punto de referencia aislado y en unas instrucciones que sólo entendemos a medias.

Pero aunque la ética sea un viaje, no es uno de esos viajes en los que cada individuo puede limitarse a encontrar

por sí solo su destino personal, pese a que hayan sido muchos los que partieron haciéndose esa falsa ilusión. Los filósofos de la Antigüedad eran conscientes de la necesidad de adoptar un enfoque completamente distinto. Para ellos, la ética estudiaba cómo se podía organizar de la forma más armoniosa posible el mundo, un mundo que concebían como un organismo y cuya «correcta ordenación» –su salud y su bienestar– querían garantizar. Se trataba, pues, de un estudio eminentemente práctico, un estudio de carácter político, de hecho, y las diversas variantes filosóficas de la ética que han ido surgiendo desde entonces no merecen tal nombre, pues no han comprendido el verdadero significado del término. La ética se centraba en la búsqueda de la justicia –*dikaiosyne* en griego–, entendida ésta en un sentido moral antes que jurídico, estrechamente ligado al concepto de sabiduría.

Todo esto debería ser del agrado de los marxistas; sin embargo, tanto Marx como Engels repudiaban la ética por considerarla uno de esos mitos que forjaba la superestructura, una mentira de entre las muchas inventadas por la burguesía. Llenos de indignación, exclamaban: «¡Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo, y de lo que se trata es de cambiarlo!». Pero en este aspecto, como en tantos otros, Marx se equivocaba. En un mundo como el nuestro, la ética no es meramente una consecuencia. Es una causa fundamental.

Pero tampoco fueron los únicos, ni los primeros, en expresar sus quejas. Sócrates se burló de los empeños de los expertos «éticos» de su época, mientras Thomas Hobbes, en el siglo XVII, decía que «no hay absurdo imaginable» que alguno de los filósofos de la Antigüedad no

haya mantenido. En las primeras décadas del siglo XX, los positivistas lógicos dictaminaron que el concepto mismo de «ética» era «inadmisible» en su totalidad. De hecho, la feroz labor crítica realizada por los filósofos contra su propia disciplina ha resultado tan eficaz que hoy en día la ética suele considerarse un obstáculo para cualquier intento serio de establecer unas pautas de conducta válidas para la esfera privada o la pública.

Como es natural, al margen de la dudosa orientación que ofrece la filosofía, existen muchas otras fuentes a las que acudir en busca de ideas que inspiren nuestro comportamiento. La religión es una de ellas, por no mencionar también la adivinación, que es, de hecho, la forma más antigua de ética que conozcamos. (El *I Ching* es la guía para «la vida virtuosa» más antigua del mundo.) Están también los infinitos universos éticos fijados en las obras narrativas, los análisis pseudocientíficos sobre la construcción social de valores e incluso las técnicas materialistas que la economía propugna como árbitros supremos del bien y del mal. *Pero ninguna de ellas consigue abundar tanto en los problemas como la filosofía.* Y por más que un número excesivamente alto de filósofos haya tratado de separar la política de la ética, lo cierto es que siguen estando estrechamente unidas, como las dos caras de una misma moneda. En palabras de Aristóteles: «La ciencia que estudia aquello que constituye el Bien supremo para el hombre es la política». Y a quienes consideren que los «estudios de este tipo», según lo expresa Susan George, «resultan demasiado controvertidos, tendenciosos y partidistas», la única respuesta posible es la que ella misma da: *eso es exactamente lo que espero que*

sean. Porque a la ética no le interesan los lugares comunes y, menos aún, las tautologías, la lógica o las matemáticas, sino las decisiones difíciles: los dilemas.

Hoy en día, cada vez son más las personas que parecen firmemente convencidas de que es necesario mantener una imparcialidad absoluta a la hora de determinar lo que está bien y lo que está mal. Muchos otros parecen dispuestos a hacer de la ética un mero análisis técnico de conceptos, planteando incluso la necesidad de crear un nuevo «nivel» de cuestiones éticas, del que se ocuparía una presunta «metaética». Pero ¿cómo van a crear una «postética» si ni siquiera son capaces de ofrecernos antes una ética? En cualquier caso, todo intento de plantearse la cuestión de «lo que está bien y lo que está mal», abstra-yéndola del mundo en que vivimos, está condenado al fracaso. Los dilemas que nos aguardan ahí afuera son muy reales, como también lo son las decisiones que hemos de tomar.

Pero ¿cómo de reales? ¿Y qué tipo de decisiones son? ¿Son decisiones grandes o pequeñas? Lo cierto es que, muchas veces, una gran decisión no es más que la suma de muchas decisiones pequeñas. «Hace tiempo que tengo por uno de mis axiomas fundamentales que los pequeños detalles son, con mucho, los más importantes», señaló Sherlock Holmes en *Un caso de identidad*. Sin lugar a dudas, el hombre que en agosto de 1945 cargó la bomba atómica en el *Enola Gay* estaba tomando una pequeña decisión, a la que seguirían luego toda una serie de pequeñas decisiones que, avanzado aquel mismo día, acabarían causando la muerte de cientos de miles de inocentes. Y, con todo, se trataba de una pequeña decisión,